

**CORMAC  
McCARTHY**

**En la frontera**



Segundo volumen de la llamada «Trilogía de la frontera», *En la frontera* nos remite a un tiempo inmediatamente anterior al de *Todos los hermosos caballos*, para centrarse en la historia de dos adolescentes, Billy y Boyd, de origen campesino, que en medio de un paisaje hostil y huraño irán descubriendo las duras reglas del mundo de los adultos al tiempo que encuentran en la naturaleza el sentido heroico de sus vidas. Desde una extraña relación de afecto y complicidad con una loba acosada por los tramperos hasta el asesinato de sus padres a manos de unos cuatreros, el personaje de Billy, protagonista a su vez del último título de la trilogía, *Ciudades de la llanura*, se verá inmerso en un destino en el que la belleza y la rapiña moral se presentan como los límites inseparables de una misma aventura vital.

## I

**B**oyd era apenas un niño de pecho cuando llegaron al sur procedentes de Grant County, y no mucho mayor que él era el nuevo condado llamado Hidalgo. En la región que habían abandonado quedaban los restos de una hermana y de la abuela materna. La nueva región era rica y salvaje. Se podía cabalgar hasta México sin topar con un solo cercado. Él llevaba a Boyd sobre el arzón delantero de la silla de montar y le nombraba en inglés y en español las peculiaridades del paisaje y los pájaros y los animales. En la casa nueva dormían en el cuarto contiguo a la cocina. Solía permanecer despierto en la habitación a oscuras, escuchando la respiración de su hermano, y mientras este dormía le hablaba a media voz de los proyectos que tenía para los dos y de la vida que iban a llevar.

Una noche de invierno de aquel primer año despertó al oír el aullido de los lobos procedente de las lomas que se elevaban al oeste de la casa, y supo que saldrían al llano a cazar antílopes a la luz de la luna. Cogió los pantalones que colgaban a los pies de la cama, la camisa, el chaquetón de

loneta forrado con lana de manta y las botas y fue a vestirse a oscuras en la cocina al tenue calor del hornillo y sostuvo las botas a la luz de la ventana para distinguir la derecha de la izquierda y se las calzó y salió de la cocina y cerró la puerta.

Al pasar junto al establo los caballos gimieron débilmente a causa del frío. La nieve crujía bajo sus botas y el aliento le humeaba en la luz azulina. Una hora después se hallaba agazapado sobre la nieve en el lecho seco del arroyo; al ver las huellas que habían dejado en la arena de los aguazales y sobre la nieve, supo que los lobos habían pasado por allí.

Ya estaban en el llano, y cuando dejó atrás el abanico aluvial donde el arroyo se adentraba en el valle vio el punto en que habían cruzado antes que él. Avanzó sobre codos y rodillas con las manos remetidas en las mangas a fin de no tocar la nieve y cuando llegó al último de los pequeños enebros oscuros, allí donde el amplio valle se extendía al pie de la sierra de las Ánimas, se agachó en silencio para acompasar la respiración y luego se incorporó y echó un vistazo.

Corrían por el llano hostigando a los antílopes, que se movían por la nieve como fantasmas, dando vueltas y más vueltas, y el polvo seco flotaba alrededor de ellos en el gélido claro de luna y el aliento les humeaba pálido en el frío como si un fuego ardiera dentro de ellos, y saltaban y giraban y se contorsionaban tan silenciosamente que parecían venidos de otro mundo. Corrieron valle abajo y luego giraron para alejarse por el llano hasta perderse por completo en aquella turbia blancura.

Tenía mucho frío. Esperó. Reinaba una calma absoluta. Podía ver en qué dirección iba el viento por el aliento que aparecía y desaparecía una y otra vez delante de él. Esperó un largo rato. Luego los vio venir. Trotando y serpenteando. Bailando. Hozando la nieve. Trotando y corriendo y alzándose de a dos en una danza estática y corriendo otra vez.

Eran siete y pasaron a poco más de cinco metros de donde se hallaba. Distinguió sus ojos almendrados a la luz de la luna. Oyó su respiración. Notó su eléctrica presencia en el aire. Los lobos se agruparon, se arrimaron y se lamieron los unos a los otros. Luego se detuvieron. Desencapotaron las orejas. Algunos alzaron una pata a la altura del pecho. Estaban mirándolo. Él no respiraba. Ellos no respiraban. Después giraron sobre sí mismos y siguieron trotando. Cuando llegó a casa Boyd estaba despierto, pero él no le dijo adónde había ido ni qué había visto. Nunca se lo contó a nadie.

El invierno en que Boyd cumplió catorce años, los árboles que crecían en el cauce seco del río estaban desnudos desde hacía tiempo y el cielo siempre era gris y los árboles se veían pálidos. Un viento frío había venido del norte, y la tierra corría con las velas arriadas hacia un cómputo cuyos libros mayores solo serían redactados y fechados mucho después de que las debidas reclamaciones hubieran sido presentadas, como pasa con esta historia. Entre los álamos, cuyas ramas eran como huesos y cuyos troncos mudaban la pálida o verde o más oscura corteza, arracimados más abajo de la casa, en el recodo exterior del cauce, crecían árboles tan imponentes que en la hilera del otro lado del río había un tocón aserrado sobre el cual en inviernos previos los pastores habían armado una tienda de lona de metro veinte por metro ochenta debido al suelo de madera que aquel les proporcionaba. Un día en que iba por leña observó su sombra y la del caballo y la narria cruzar aquella empalizada de árboles. Boyd iba en la narria sosteniendo el hacha como si estuviese vigilando la leña que habían reunido, y miraba hacia el oeste con los ojos entornados a causa del sol que hervía en el lento fuego de un lago seco y rojizo que se extendía al pie de las áridas montañas, y los antílopes caminaban cabeceando entre las vacas que se destacaban contra el llano del promontorio.

Cruzaron el cauce del río cubierto de hojas secas y siguieron hasta un depósito o poza en el río; él desmontó y dio de beber al caballo mientras Boyd recorría la orilla a pie buscando señales de ratas almizcleras. El indio junto al que Boyd había pasado estaba en cuclillas y ni siquiera levantó la mirada, de modo que cuando Boyd notó su presencia y se volvió el indio estaba mirándose el cinto y no alzó la vista hasta que se hubo parado del todo. Podría haber alargado el brazo y tocarlo. El indio no se escondía, sino que sencillamente estaba agachado detrás de una delgada hilera de carrizos,<sup>[1]</sup> y ni aun así Boyd lo había visto. Tenía sobre las rodillas una pequeña carabina del calibre 32 y había estado esperando en la sombra a que algo se acercara al agua para poder dispararle. Miró al chico fijamente. El chico lo miró. Sus ojos eran tan oscuros que parecían todo pupilas. Unos ojos en los que se ponía el sol. En los que el chico estaba al lado del sol.

No había aprendido que uno puede verse en los ojos de otro ni que en ellos podían verse cosas como el sol. Quedó reflejado, en aquellos pozos oscuros con el pelo tan claro, fino y extraño, exactamente el niño que era. Como si fuese un pariente consanguíneo que se hubiera perdido y que ahora aparecía en una ventana de otro mundo donde el sol se hundía eternamente. Como si se tratara de un laberinto donde los huérfanos de su corazón se hubieran extraviado en su viaje por la vida para llegar finalmente al otro lado del muro de aquella mirada caduca de la que era imposible regresar.

Desde donde estaba no podía ver a su hermano ni al caballo. Podía ver los lentos círculos que se abrían en la superficie del agua allí donde el caballo estaba bebiendo, más allá de los carrizos, y podía ver también la ligera flexión del músculo bajo la piel de la magra e imberbe quijada del indio.

El indio se volvió y miró la poza. El único sonido era el gotear del agua desde el morro del caballo. Miró al chico.

Tú, pequeño hijo de puta, dijo el indio.

Yo no he hecho nada.

¿Quién es ese que va contigo?

Mi hermano.

¿Cuántos años tiene?

Dieciséis.

El indio se puso de pie. Lo hizo rápidamente y sin esfuerzo, y miró hacia el otro lado de la poza donde Billy sostenía el caballo y luego volvió a mirar a Boyd. Vestía un viejo y deshilachado sarape y un viejo y grasiento sombrero Stetson con la copa acampanada, y sus botas estaban remendadas con alambre.

¿Qué estáis haciendo aquí?

Coger leña.

¿Tenéis algo para comer?

No.

¿Dónde vivís?

El chico dudó.

Te pregunto que dónde vivís.

Señaló río abajo.

¿A qué distancia?

No lo sé.

Pequeño hijo de puta.

Se puso la carabina sobre los hombros, caminó por la orilla de la poza y se quedó mirando el caballo y a Billy.

Qué tal, dijo Billy.

El indio escupió. Conque espantando todo lo que hay en la región, dijo. Vaya.

No sabíamos que hubiera nadie por aquí.

¿No tienes nada para comer?

No, señor.

¿Dónde vives?

A unos tres kilómetros río abajo.

¿Tenéis algo de comer en vuestra casa?

Sí, señor.

¿Si voy allí me sacarás algo de comer?

Puede venir a casa. Mamá le preparará comida.

No quiero ir a la casa; quiero que tú me saques algo.

Está bien.

¿Lo harás?

Sí.

Muy bien.

El muchacho seguía sujetando el caballo. El caballo no le había quitado ojo al indio. Vamos, Boyd, dijo.

¿Tenéis perros?

Solo uno.

¿Lo meterás dentro?

De acuerdo. Lo meteré dentro.

Mételo en algún sitio donde no ladre.

De acuerdo.

No pienso ir a que me peguen un tiro.

Lo meteré dentro.

Entonces bueno.

Venga, Boyd. Vámonos.

Boyd permaneció mirándolo desde el otro lado de la poza.

Vamos. Dentro de nada oscurecerá.

Venga, haz lo que te dice tu hermano, dijo el indio.

No estábamos molestándolo.

Venga, Boyd. Vámonos.

Cruzó el cascajar y subió a la narria.

Súbete aquí, dijo Billy.

Se bajó del montón de ramas que habían cogido y se volvió a mirar al indio; luego alargó el brazo para coger la mano que Billy le ofrecía y montó en el caballo detrás de él.

¿Cómo lo encontraremos?, preguntó Billy.

El indio estaba de pie con el rifle sobre los hombros y las manos colgando por encima. Salid y caminad hacia la luna, dijo.

¿Y si aún no ha salido?



El indio escupió. ¿Crees que te diría que fueses hacia la luna si la luna no hubiera salido? Vamos, en marcha.

El chico picó el caballo con las botas y cabalgaron entre los árboles. Las varas de la narria arrastraban con un susurro seco pequeñas hileras de hojas secas. El sol se ponía por el oeste. El indio los vio partir. El más pequeño de los chicos rodeaba con un brazo la cintura de su hermano, roja la cara al sol, el pelo de un rosado casi blanco al sol. Su hermano debió de decirle que no mirase atrás, porque no lo hizo. Para cuando cruzaron el lecho seco del río y enfilaron el llano, el sol se había puesto ya tras los picos de los montes Peloncillo y el cielo de poniente era de un rojo intenso bajo los arrecifes de nubes. Tomaron hacia el sur siguiendo las hendiduras del río seco, y cuando Billy se volvió vio que el indio los seguía a unos ochocientos metros aproximadamente, y llevaba la carabina colgando de una mano.

¿Cómo es que miras atrás?, dijo Boyd.

Miro, eso es todo.

¿Es que vamos a sacarle la cena?

Sí. Supongo que podemos hacerlo.

Que podamos no significa que sea buena idea, dijo Boyd.

Ya lo sé.

Contempló el cielo por la ventana de la sala de estar. Las primeras estrellas acuñadas con la oscura albardilla de la pared sur colgaban entre la reseca rejilla de los árboles, junto al río. La luz de la luna aún por salir estaba posada sobre el valle, hacia el este, como una bruma de azufre. Observó la luz correr por las lindes de la desierta llanura y elevarse del suelo el domo de la luna, blanca y gorda y membranosa. Luego bajó de la silla donde se había arrodillado y fue a buscar a su hermano.

Billy tenía filetes y bollos y un tazón con alubias, todo ello envuelto en un paño y escondido detrás de las ollas en

un estante de la despensa, junto a la puerta de la cocina. Mandó a Boyd por delante y tras escuchar un momento salió detrás de él. El perro gimió y arañó la puerta del ahumadero cuando pasaron por allí y él le dijo al perro que se callara y el animal obedeció. Siguieron la cerca medio agachados y luego encaminaron sus pasos hacia los árboles. Cuando llegaron al río la luna estaba alta y el indio los esperaba de pie con la carabina balanceándose otra vez sobre el pescuezo. Vieron su aliento en el frío. Se volvió y lo siguieron a través de las guijas del aguazal y tomaron la cañada río abajo siguiendo el margen de la dehesa. En el aire había humo de leña. A unos cuatrocientos metros de la casa ganaron la fogata de su campamento entre los álamos y el indio dejó la carabina apoyada en un tronco y se volvió para mirarlos.

Traedlo aquí, dijo.

Billy se acercó a la lumbre y le entregó el bulto que llevaba en el pliegue del codo. El indio lo cogió y se puso de cuclillas delante del fuego con aquella desenvoltura de marioneta, colocó el paño en el suelo, lo abrió, sacó las alubias y luego puso el tazón a calentar junto a las brasas y cogió los bollos y la carne y les dio un mordisco.

Ese tazón se va a quedar negro, dijo Billy. Tengo que llevármelo otra vez a casa.

El indio masticó, entrecerrados los ojos casi negros a la luz de la fogata. ¿Tenéis algo de café en la casa?, dijo.

No está molido.

¿Podéis molerme un poco?

Imposible sin que alguien lo oiga.

El indio se metió la otra mitad del bollo en la boca y se inclinó ligeramente y de algún sitio sacó un cuchillo corto y alargó el brazo para remover las alubias del tazón; después miró a Billy y se pasó la hoja del cuchillo por la lengua de un lado y del otro, como si la asentara lentamente, y clavó el cuchillo en el extremo del tronco con el que había preparado el fuego.

¿Cuánto hace que vivís aquí?, preguntó.

Diez años.

Diez años. ¿Tu familia es propietaria del terreno?

No.

Cogió el segundo bollo, lo cortó con sus perfectos dientes blancos y se sentó a masticar.

¿De dónde es usted?, preguntó Billy.

De todas partes.

¿Adónde se dirige?

El indio se inclinó y cogió el cuchillo del tronco y removió otra vez las alubias y lamió nuevamente la hoja; luego dejó que el cuchillo se deslizara hasta el mango, levantó el renegrido tazón del fuego, lo dejó en el suelo delante de él y empezó a comer las alubias sirviéndose del cuchillo.

¿Qué más tenéis en la casa?

¿Cómo dice?

Qué más tenéis en la casa.

Levantó la cabeza y los miró con los ojos entrecerrados, allí de pie a la luz de la lumbre, mientras masticaba lentamente.

¿Como qué?

Lo que sea. Algo que pueda vender.

No tenemos nada.

No tenéis nada.

No, señor.

El indio masticó. ¿Es que vivís en una casa vacía?

No.

Entonces algo habrá.

Hay muebles y cosas. Cacharros de cocina.

¿Cartuchos de carabina?

Sí. Unos cuantos.

¿Qué calibre?

No sirven para su carabina.

¿Qué calibre?

Cuarenta y cuatro cuarenta.

Bueno, pues traedme unos cuantos.

El chico señaló con la cabeza la carabina apoyada en el árbol. No es del calibre cuarenta y cuatro.

Eso da igual. Ya los cambiaré.

No puedo traerle cartuchos. El viejo lo notaría.

Entonces, ¿para qué has hablado de cartuchos?

Tendríamos que irnos, dijo Boyd.

Hemos de recuperar el tazón.

¿Qué más tenéis?, dijo el indio.

No tenemos nada, dijo Boyd.

No te preguntaba a ti. ¿Qué más?

No lo sé. Veré qué puedo encontrar.

El indio se metió la otra mitad del segundo bollo en la boca. Alargó la mano para tentar el tazón y luego lo cogió y se echó a la boca las alubias que quedaban y pasó un dedo por dentro del tazón y se lo lamió hasta dejarlo limpio y volvió a dejar el tazón en el suelo.

Traedme un poco de ese café, dijo.

No puedo molerlo. Lo oirían.

Tú tráelo. Lo aplastaré con una piedra.

Está bien.

Que se quede él.

¿Para qué?

Para hacerme compañía.

Para hacerle compañía.

Eso.

Él no tiene por qué quedarse.

No voy a hacerle daño.

Ya sé que no, porque no va a quedarse.

El indio se escarbó los dientes. ¿Tenéis algún cepo?

No tenemos cepos.

Los miró. Se sorbía los dientes con un ruido sibilante. Marchaos ya, dijo. Y traedme un poco de azúcar.

De acuerdo. Deme el tazón.

Ya lo cogerás cuando volváis.

Al llegar a la cañada Billy se volvió para mirar a Boyd y la luz de la lumbre entre los árboles. En el llano la luna bri-

llaba tanto que hasta era posible contar las reses.

No vamos a llevarle café, ¿verdad?, dijo Boyd.

No.

¿Qué vamos a hacer con el tazón?

Nada.

¿Y si mamá pregunta por él?

Pues le dices la verdad. Que se lo hemos dado a un indio. Que un indio ha venido a casa y que se lo he dado.

De acuerdo.

Puedo ganarme una bronca por ir contigo.

Y yo más.

Dile a mamá que he sido yo.

Eso pensaba hacer.

Cruzaron el campo raso en dirección al cercado y las luces de la casa.

De entrada no tendríamos que haber ido, dijo Boyd.

Billy guardó silencio.

¿Verdad?

No.

¿Por qué lo hemos hecho?

No lo sé.

No había clareado aún cuando su padre entró en la habitación de los hermanos.

Billy, dijo.

El chico se incorporó en la cama y miró a su padre enmarcado por la luz que venía de la cocina.

¿Qué hace el perro atado en el ahumadero?

Me he olvidado de sacarlo.

¿Te has olvidado de sacarlo?

Sí, señor.

¿Y qué hacía allí dentro si puede saberse?

Bajó de la cama al frío suelo y cogió la ropa. Iré a soltarlo, dijo.

Su padre permaneció un momento en el vano de la puerta y luego cruzó la cocina en dirección al vestíbulo. La luz que entraba por la puerta abierta le permitió a Billy ver

a Boyd aovillado y dormido en la otra cama. Se puso el pantalón, cogió las botas del suelo y salió.

Era ya de día cuando terminó de dar de comer y beber al caballo. Ensilló a Bird, montó y salió de la cuadra en dirección al río para ir a buscar al indio o ver si aún seguía allí. El perro iba pegado a los talones del caballo. Cruzaron el prado y cabalgaron río abajo hasta más allá de los árboles. Detuvo el caballo pero no desmontó. El perro se puso a su lado y comenzó a olisquear el aire con rápidos movimientos ascendentes del morro, clasificando y ensamblando imágenes de los acontecimientos de la noche anterior. El chico volvió a poner el caballo al paso.

Cuando llegó al campamento del indio el fuego estaba frío y negro. El caballo alteró el paso y avanzó nerviosamente y el perro rodeó las cenizas con el hocico en tierra y los pelos del lomo erizados.

Cuando regresó a casa su madre lo esperaba con el desayuno a punto, y él colgó su sombrero y acercó una silla y empezó a servirse huevos en el plato. Boyd ya estaba comiendo.

¿Dónde está papá?, preguntó.

Todavía no has bendecido la mesa, dijo su madre.

Sí, señora.

Bajó la cabeza y dijo las palabras para sus adentros y luego cogió un bollo.

¿Dónde está papá?

Está en la cama. Ya ha comido.

¿A qué hora llegó?

Hará un par de horas. Ha cabalgado toda la noche.

¿Y eso?

Será que quería volver a casa.

¿Cuánto rato va a dormir?

Supongo que hasta que despierte. Preguntas más que Boyd.

Lo primero no lo he preguntado, dijo Boyd.

Después de desayunar fueron al establo. ¿Adónde crees que habrá ido?, dijo Boyd.

Por ahí.

¿De dónde dirías que venía?

No lo sé. Las botas que llevaba eran mexicanas. O lo que quedaba de ellas. No es más que un vagabundo.

Tú no sabes de qué es capaz un indio, dijo Boyd.

Qué sabrás tú de los indios, dijo Billy.

Y tú qué.

Tú no sabes de qué es capaz nadie.

Boyd cogió un viejo destornillador de un cubo de herramientas y pinces que colgaba del pilar del establo, alcanzó un ronzal de la baranda, abrió la puerta de la casilla donde guardaba su caballo. Entró, le colocó el ronzal y condujo el caballo fuera. Dio una vuelta a la cuerda en torno a la baranda, pasó la mano por debajo de la pata del animal para que le ofreciera el casco, y le limpió la ranilla, le examinó el casco y luego le bajó la pata.

Déjame echar un vistazo, dijo Billy.

No le pasa nada.

Entonces déjame mirar.

Como quieras.

Billy le levantó la pata al caballo, se acomodó el casco entre las rodillas y lo examinó. Creo que está bien, dijo.

Ya te lo he dicho.

Haz que camine un poco.

Boyd desenganchó la cuerda, llevó el caballo al fondo del establo y volvió.

¿Vas a ir por tu silla?, dijo Billy.

Supongo que sí, si no te importa.

Fue por la silla de montar, echó la manta sobre el lomo del caballo, le puso la silla tras subirla no sin esfuerzo, apretó el látigo, ajustó la cincha posterior y se quedó esperando.

Has dejado que se acostumbre a eso, dijo Billy. ¿Por qué no lo picas para que saque el aire?